



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

El Cabo Pedro Mur. Un recuerdo de historia militar

Fernando Martínez de Baños Carrillo

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Diccionario Biográfico Militar

11 de noviembre de 2024



*Mur siendo capitán: Blanco y Negro.
Revista ilustrada, núm. 116, sábado 22
de julio de 1893, p. 485.*

Nacido en la localidad oscense de Castejón del Puente el 28 de diciembre de 1833, fue un campesino de familia acomodada, que, a pesar de haber podido pagar su «Redención a Metálico», ingresó en el ejército huyendo, según algunos autores, de un desencuentro amoroso. Aunque otros arguyeron que no pudo hacer frente al pago de la cuota que lo redimía de hacer el servicio militar. El 6 de junio de 1854, fue encuadrado, después de ciertos avatares en sus inicios como soldado, en el Regimiento de Caballería de los *Húsares de la Princesa*, con guarnición en Alcalá de Henares (Madrid).

Cuando ya llevaba seis años en la milicia, comenzó la guerra en el norte de Marruecos en 1859, y allí fue con su unidad bajo las

órdenes de los generales Juan Prim y Leopoldo O'Donnell. Pero fue de una forma voluntaria, ya que había terminado su compromiso con el ejército y la Patria y bien podía haber solicitado la licencia. Sin embargo, no quiso abandonar a sus compañeros en los hechos de armas que se avecinaban.

Nuestro personaje, que murió el 18 de diciembre de 1910, siendo teniente coronel del Cuerpo de Inválidos, contando los setenta y siete años de edad, adquirió fama por una acción bélica calificada de heroica y por la que fue condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando. En aquel entonces él era cabo de Caballería y luchó en lo que más tarde se conoció como *La batalla de los Castillejos* el 1 de enero de 1860.

El general Leopoldo O'Donnell, más tarde poseedor del título nobiliario *Duque de Tetuán*, era el presidente del Consejo de Ministros de la época que gobernó un tiempo «largo» (el gobierno largo de O'Donnell desde junio de 1858 a marzo de 1863), el más estable hasta ese momento de la España constitucional. Una de las características de ese gobierno fueron las acciones militares en el extranjero: expedición a Cochinchina, a México de 1861, la vuelta temporal de Santo Domingo a España y la guerra en el norte de Marruecos en 1859-1860, que fue la más exitosa al conquistar Tetuán (norte de África, en el mes de febrero de 1860).

Esta guerra fue para defender la plaza de Ceuta contra los ataques de las *kábilas*. El lugar donde se produjo fue a unas cinco leguas al sur del límite del fuerte de *Príncipe Alfonso*, situado en el extremo izquierdo del campamento *Serrallo*. El terreno era llano con algunas cortaduras, todavía sin haber sido explorado del todo y sin caminos de ruedas. El momento de la respuesta española a una afrenta enemiga fue en el mes de enero de 1860, en plena época de lluvias. El ejército español tuvo «un total de 9.000 bajas. De estas, 2.888 muertos fueron por el cólera» (Yasmina Romero Morales, «Prensa y Literatura en la guerra de África (1859-1860). Opinión publicada, patriotismo y xenofobia», en *Historia Contemporánea* 49: 619-644, Universidad del País Vasco, 2014).

En el desarrollo de la batalla destacó nuestro personaje, el cabo Mur, y el general Prim que arengó a un batallón de voluntarios para proseguir el ataque. Se llamó la guerra de *Los Castillejos* en referencia a unas ruinas de unos torreones de observación y defensa de la costa que habían tenido las *kábilas*.

Regresando a la biografía del cabo Mur, en un momento determinado de la batalla, cuentan los que lo vieron, lanzó su caballo contra las huestes moras y a cuchillada limpia llegó hasta el jinete que portaba la bandera enemiga y de un golpe se la arrebató trayéndola hacia las líneas propias. Pero veamos cómo nos lo cuenta el escritor e historiador riojano Manuel Ibo Alfaro (Cervera del Río Alhama 1828 -

Logroño 1885), en una narración más detallada de la carga de los Húsares de la Princesa en la que se enmarcó la acción descrita:

Aquel intrépido Escuadrón dio tres cargas consecutivas; la primera comenzó a las diez y media de la mañana, al magnético grito de ¡Viva la Reina!; la tercera concluyó a las once y media, cuya última carga, en la que especialmente se distinguieron aquellos héroes por su bravura, cesó en la orilla de un riachuelo cubierto por jaras, que a la Caballería fue imposible salvar.

Pero en aquel instante, diez o doce húsares arrojados, en cuyas venas hervía la sangre, ebrios sin duda con el horrísono estampido del combate que por todas partes rezumaba, lanzaron frenéticos el grito de «¡Al campamento de los moros!»", situado en el pintoresco valle del Menisla, y sin reflexionar un punto en los inminentes peligros que iban a arrostrar, picaron espuela a sus caballos y esgrimiendo los sables, se dirigieron a galope tendido por un sendero tan estrecho que con dificultad les permitía marchar de uno en otro.

Concedido no es a la pluma explicar con claridad aquel momento terrible; los mismos húsares que avanzaron solo dijeron que en aquel infierno la muerte imperaba por doquier y que salieron de milagro. El primero de los húsares que al galope avanzó en aquel sendero fue un tal Peña; el segundo, el cabo Mur.

Peña trabó batalla con cuatro o cinco moros, más a los pocos tajos que descargó sobre el enemigo, se le rompió el sable, quedando solo con la empuñadura; hallándose desarmado, volvió grupas y, a toda rienda, se dirigió en busca de los suyos, aunque con la completa seguridad de no tener tiempo para encontrarlos, porque los moros con quienes se había batido caminaron veloces detrás de él, muy próximos a darle alcance con sus ligeros corceles. Pero Mur, que lo vio, se precipitó contra ellos con tal decisión, que les obligó a dispersarse; pero no paró aquí, y ansioso de ensangrentar su acero, y sin reflexionar lo próximo que se encontraba del campamento moro, partió a galope en dirección a dicho campamento tras uno de aquellos jinetes, a quien en su veloz carrera llevaba ya en la boca del caballo. Tres estocadas le asestó, y las tres penetraron en la espalda del moro pero sin apenas eficacia. Quiso atravesarle de parte a parte, pero no se daba cuenta que ya estaba encima de las tiendas agarenas y que su muerte, la de él, la del jinete español, era segura.

De este modo corrían, el moro, herido, hacia su campamento, y el cabo Mur tras el moro, sin ver nada, sin pensar en nada, cuando sintió en su costado derecho un golpe como de lanza. Instintivamente, sin soltar la brida ni acortar la carrera, se llevó la mano izquierda al punto donde sintió el golpe y agarró un hierro, dio en la misma dirección un tajo de revés y oyó junto a sí un ruido.

Entonces refrenó el caballo, miró en torno suyo, y vio una bandera morisca en su mano izquierda y un moro tendido a sus pies. Pedro Mur se dio cuenta que acababa de obtener un triunfo y se giró para alentar a sus compañeros, que

pensaba estaban con él. Pero vio que estaba solo a pocos metros del campamento enemigo. Había perseguido al moro herido hasta las mismas puertas de las tiendas moras [del mismo hermano del Sultán Muley el Abbas] sin darse cuenta del peligro que había corrido.

El cabo Mur, luciendo ya los galones de sargento segundo, impuestos sobre el campo de batalla por el general Leopoldo O'Donnell, y la Cruz Laureada de San Fernando, pensionada con 50 reales, en su calidad de plata, regresó a la península el 30 de abril de 1860 en loor de multitud, recibiendo premios, regalos y parabienes allá por donde pasó camino de su pueblo natal. Otro de los regalos que recibió fue una *saboneta* (reloj de oro de bolsillo), promesa del relojero francés Mr. Couillant, que dijo que lo regalaría «al primero que arrebatase una bandera a los marroquíes». El preciado objeto fue entregado a Mur por el comandante de su escuadrón, Alejandro Jaquetot, en el campamento de Tetuán el 25 de febrero de 1860. El reloj estaba grabado con una dedicatoria y la fecha de la acción armada, con el título la *Campaña de África*.



Alfaquí o estandarte del sultán de Marruecos

El regimiento, por su parte, recibió una felicitación real por su carga contra el enemigo y el sargento Mur fue recibido por la reina Isabel II en Palacio.

En cuanto al estandarte capturado, el general jefe del ejército decidió enviárselo a la reina Isabel II acompañado de una carta que decía:

En la brillante y arrojada carga que el día 1º dieron los dos escuadrones de húsares de la Princesa en el valle de los Castillejos, arrollando cuanto encontraron hasta penetrar en el campamento marroquí, el cabo Pedro Mur cogió el estandarte de la caballería mora, matando al que lo llevaba. Este estandarte lo mando, por medio del comandante general de Ceuta al

gobernador de Alicante, a fin de que con un oficial de la guarnición lo dirija a VE rogándole lo ponga a los pies de la reina nuestra señora como un homenaje de su ejército de África, ganando con gloria y salpicado con abundante y generosa sangre de sus soldados. (Víctor Balaguer, *Jornadas de gloria o los españoles en África*, Librería Española, Imprenta de Luis Tasso, Madrid, 1860, p. 191.)

La reina recibió el estandarte de manos del general Mac-Crohon colocándolo en su propio oratorio. Más tarde, cuando se iba a hacer la ceremonia de presentación de la infanta a la Virgen de Atocha, lo envió al rector de la misma que lo colocase al lado de las muchas banderas que allí se guardaban.

Pero con su licenciamiento en el mes de junio de ese año no finalizó su compromiso con la nación española. Antonio Pineda, el que fuera director de las caballerizas del Palacio Real de Madrid en 1910, explicó que, justo un año más tarde y mediante un Real Decreto de 24 de junio de 1861, Pedro Mur fue nombrado por SM la Reina Isabel II *Correo de Orden de las Reales Caballerizas*. Este cargo, que tenía una soldada de 8000 reales anuales, lo juró el día 8 del mes siguiente y lo desempeñó hasta que se produjo en España la revolución del mes de septiembre de 1868, también llamada *La Gloriosa*, que dimitió. Esta revolución, que no fue otra cosa que un golpe de Estado dado por el general Prim, hizo que la reina Isabel se exiliase de España y finalizara el periodo de la monarquía borbónica por un periodo de seis años, hasta el año 1874 que se produjo la Restauración de la corona en las sienes de Alfonso XII, hijo de Isabel.

Mientras vivió en Madrid, contrajo primeras nupcias teniendo una hija a la que llamaron Obdulia.

Cuando se conoció la noticia de la heroicidad del cabo, en Zaragoza hubo repique de campanas y gritos de alegría. También se celebró un *Te Deum* y salida de gigantes y cabezudos. Una tienda de papeles pintados y de objetos de escritorio de Zaragoza, en el Coso, 62, expuso un cromo alegórico al momento en el que Mur arrebató el estandarte a un moro de color que lo portaba, contándolo así:

Pedro Mur es un valiente,
Hizo hazaña verdadera,
A un moro robusto y fuerte
Le arrebató la bandera
Y después le dio la muerte.

También hubo un convite en la Fonda Europa de Zaragoza, al que asistieron muchas personas. En su pueblo natal, Castejón del Puente (Huesca), lo recibieron con mucha alegría y festejos, acudiendo la mayoría de los vecinos. Allí estuvo un

año descansando y recuperándose de las fatigas de la guerra. Regresó a Madrid y tomo el cargo de *Correo*.

La reina quiso de esta manera premiar los meritorios servicios del húsar inmortal, dándole ese empleo digno y honrado. Cuentan que la Nación española aplaudió aquel gesto y que Mur fuera felicitado de nuevo. Cuando el *Correo de Orden* finalizó su cometido se quedó a vivir en un Madrid convulso y testigo de una parte trágica de su historia. Vivió en primer plano la monarquía de Amadeo I de Saboya, la Primera República (1873) y la Restauración de los Borbones (1874) en las figuras de los reyes Alfonso XII y Alfonso XIII, además de la regente María Cristina entre el fallecimiento de su marido y la llegada a la mayoría de edad de su hijo Alfonso XIII.

Siendo capitán vivía con su hija Obdulia en Madrid, casada con un profesor de Escuelas Municipales, en el paseo de Atocha, al lado de la Basílica donde se conservó durante muchos años el alfaquí (estandarte) de damasco amarillo con ricas bolas de seda y con una moharra ennegrecida. Su vida sencilla se limitó al paseo y a pasar largos ratos por la tarde viendo jugar a amigos suyos al dominó en el café de San Sebastián. Sufría una hemiplejía que le paralizaba todo el lado izquierdo de su cuerpo.

El 20 de julio de 1860, Pedro Mur, con su uniforme de Húsares de Pavía, pasó por Zaragoza camino de su pueblo y se alojó en la casa de un convecino suyo en el número 80 de la plaza Salamero. Ingresó en el Cuerpo de Inválidos.

En su vejez y en su camino al olvido, siempre fue reconocida su esbelta figura cuando se le veía en sus paseos apoyado en un viejo bastón aguantando la acción implacable del paso de los años. Fue enterrado en el cementerio de la Sacramental de San Lorenzo de Madrid y presidieron el duelo su hijo político, Vicente Rodrigo; dos hijos de éste y el general García de la Concha, segundo jefe del Cuerpo de Inválidos. El cortejo fúnebre se compuso de 26 coches.

Al mes siguiente, enero de 1911, la Diputación Provincial, el Centro Mercantil y otros organismos importantes de la ciudad de Zaragoza, suscribieron un compromiso para contribuir a la construcción de un mausoleo dedicado a la figura del Cabo Mur.

Descanse en paz el veterano soldado, el héroe de *Los Castillejos*, que además de la ya mencionada Laureada y otras, portaba en su pecho las medallas de África y las de los Sitios de Gerona y Zaragoza. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024